

Entre la sangre y el silencio

Sara Ortiz López

Malinalli, nacida bajo el lodo y las espinas, en tierras descendientes de civilizaciones arrasadas y de dioses sin piedad.

Esclava de la vida, sin valor alguno más el del hacer con sus manos que nada valen. Se convirtió en traidora, amante y protagonista de una historia quizá mal contada, en la que mucho se cuenta, pero nada se sabe en realidad.

Entre la espesura de la hierba resaltaba su belleza y un destino inesperado que la llevaría a ser recordada en épocas modernas del reconocimiento a la mujer y de una nación protegida bajo el manto álgido de la ley y los derechos que solo cubren la fachada de una época aparentemente humanizada, en el intento del hombre por convencernos de que somos menos salvajes.

Capítulo 1. Hija de nadie

Malinalli, así fui nombrada la hija náhuatl, que en lenguas natales hace referencia a la hierba retorcida.

Cabellos oscuros y piel morena adornaban mi rostro. Inocencia y vitalidad recorrían mi sangre; sangre enraizada de cultura, ritos y creencias.

Son tiempos difíciles donde vivir es tan sangriento como morir. Una época donde la mujer es moneda de cambio.

No fui la excepción, las circunstancias hicieron a mi madre cambiarme por unas pocas monedas. Aquel día la vi a sus ojos sabiendo que sería la última vez que lo haría, su mirada se mantenía firme e indiferente ante mi voz que se quebraba con el llanto, preguntando por qué lo había hecho. Una niña no podía comprender cómo es que una madre puede vender algo que ha salido de sus entrañas, era una crueldad, una injusticia. Mi corazón se comenzó a impregnar de odio, indiferencia, pero sobre todo venganza.

Al igual que otras mujeres y niñas fuimos llevadas a otras tierras; pero más que a otro lugar, a otra cultura, donde lo único en común era la esclavitud. Si hay algo más abajo del inframundo, ese es el esclavo.

Con el paso del tiempo me adapté a la nueva cultura maya; comencé a alabar a otros dioses, a hablar otro idioma y a vestir con ropas diferentes, mis manos sangraban y mi espalda ardía de dolor, pero sobre todo tenía el alma rota, era una hija de nadie.

La soledad era algo que disfrutaba. Tonantzin era la única amiga que tenía. Se había vuelto un infierno vivir en esa aldea, pues algunas mujeres jóvenes hacían mi vida imposible, más de lo que ya lo era. Trabajábamos de cuatro de la mañana a dos de la tarde en los huertos de maíz y el resto del día acarreando agua y cosecha a la aldea, preparando alimentos y lavando los trapos. No daba tiempo ni fuerza para pensar en uno mismo.

Me gustaba apreciar el atardecer mientras cantaba la canción de antes de dormir que mi madre me había enseñado:

Te amo, flor de la luz,
mujer sagrada, corazón del viento.
El atardecer camina en rojo,
hoy, en la tierra, nace la libertad.

Capítulo 2. Cuando bajaron los dioses

Una mañana, donde el sol ya calentaba la helada alma, un alboroto sobrepasó lo cotidiano: "han bajado los dioses", se escuchaba decir.

Ese mismo día nos reclutaron a mí y otras esclavas. Mis ojos nunca habían visto tal cosa, "han bajado los dioses" dije en mi mente. Hombres pálidos, con ropas inusuales y espalda recta, imponían poder. Fuimos reclutadas en la arena caliente, sabía que seríamos objeto de cambio, nuevamente.

Caí de rodillas al ver a la bestia montada; llevaba un crucifijo al pecho y una capa húmeda; como alas caídas. Mis ojos creían ver un teōtl, mitad hombre, mitad bestia, traído desde el vientre del océano.

Cuando sus ojos del color de cielo despejado tocaron los míos, no hubo palabras, solo ecos de tiempos por venir, su mirada se deslizó sobre mi cuerpo descuidado.

¿Quién es esta doncella que me mira como si ya supiese quién soy? Decía mientras tocaba su larga barba.

Nehua notoka Malintzin (Yo me llamo Malintzin) dije en náhuatl. Su expresión me dio la impresión de que no habían comprendido lo que había dicho. Entonces repetí, pero ahora en maya. Un hombre susurró a su oído.

Entonces este Dios del mar alzó una ceja, dio un paso hacia mí "¿esclava o ángel?, ¿he de temerte o alabarte? Virgen oscura".

El hombre me traducía en maya, idioma que había aprendido después de ser vendida como esclava.

Hernán sonrió, como quien cree haber encontrado oro y no sabe que es fuego: "Entonces traduce por mí bella virgen oscura. Diles que no he venido a herir sino a redimir".

Miré hacia las caras conocidas de los mayas y con voz temblorosa dije en maya: "Él quiere leer el día, hacer florecer la tierra, que trae el sol con él".

No era una tarea fácil, pues no se trataba de traducir solo las palabras, sino adaptarlas a la forma en que la tribu en-

tendía, sin embargo era una tarea para la que estaba hecha a realizar.

Este fue el momento que cambiaría el rumbo de mi destino, pues rápido entendió que yo era más valiosa que el acero y el oro. “Malintzin”, me llamó, y desde entonces fui su sombra. Traduje sus palabras al maya, luego al náhuatl. Comprendí que era un objeto muy valioso para ellos. Nunca las palabras habían tenido tanto valor, pues tenía el poder de desatar una guerra si así lo deseaba.

Estaba entre la pared y la lanza, entre dos culturas que no eran las mías y que sabía que al final de la historia iba a terminar con la lanza atravesada, por cualquier camino que tomara.

Capítulo 3. La traición

El tiempo pasaba y aprendí el idioma de Hernán al igual que los días trajeron consigo un susurro que no supe traducir: el deseo.

Una noche en especial, de luna llena, de dioses danzando por los cielos si quisieran iluminar nuestros rostros. Hernán me miró profundamente a los ojos, como solía hacerlo.

¿De dónde provienes Malintzin? Dijo con tono suave.

Yo tenía la respuesta en la punta de mi lengua, como si me hubiera preparado toda una vida para responder esa pregunta.

Entonces eres mía, no por cadenas sino por amor, traduce para mí hasta el final de nuestras vidas y compartiré contigo mis días, mi lecho y mi amor.

Esa noche bajo el cielo iluminado la luna fue testigo de la confesión de un amor que no parecía imposible, mi alma inocente se había enamorado del dios del océano y yo me había entregado a él.

En los días siguientes la traición vino envuelta en lengua. El jefe maya se acercó, buscando hablar. Traía flores blancas, símbolo de paz.

Era una situación delicada, sus palabras eran cuidadosas "Traigo el sol como ofrenda".

Pero Hernán sediento de poder y gloria, me susurró: "Diles que, si no nos es otorgado el oro, los quemaremos como se quema a la hierba seca".

Tenía la decisión en mi boca, desatar la guerra o poner furioso a Hernán y su tropa.

Solo tenía segundos.

El tiempo traduciendo me había permitido modificar el mensaje de tal forma que no pareciera tan ofensivo para los mayas, pero advirtiendo de las amenazas que estos tenían contra el pueblo. Yo no sabía los planes que se tenían, apenas pregunté y Hernán con voz burlesca mencionó que esos no son temas de interés para una mujer. Lo único que sabía es que estaba en riesgo el pueblo maya.

Una noche siguiente, decidida a advertir ante la sospecha de los planes, me avviciné a la aldea. Mis ojos vieron lo que no estaban preparados para ver. Esa noche hubo gritos de dolor, casas ardiendo. Mujeres huyendo con sus crías entre brazos y sangre derramada de una cultura que me había visto crecer.

Huí, como se huye por cobardía. Nadie supo nada de mí, ni siquiera mi sombra.

Ya no era flor ni tierra, era fuego. Era la lengua que traiciona para sobrevivir. Y el amor que, al nombrarse, deja de serlo.

Capítulo 4. La voz que no grita

Sin duda alguna los hechos me habían marcado y forjado. Había aprendido muchas cosas, pero sobre todo, había comprendido que la mujer nada vale en este sistema, porque no tiene fuerza para luchar ni voz para gritar.

Se es de un tipo distinto de fuerza, que no grita, más bien susurra, pero que es igual de eficaz que el del hombre.

Era como mover las piezas de juego, donde la mujer está en desventaja, pero opera silenciosamente, porque quien realmente tiene el poder, no necesita gritar.

Durante ese tiempo observé cómo operaban los hombres y aprendí a moverme en un mundo gobernado por éstos, no por venganza, sino por instinto.

Entonces, no se necesita de fuerza, lanza y poder, si utilizar las herramientas que ésta tiene por naturaleza: el encanto, la belleza, la delicadeza, lo suave, incluso lo débil, mantienen al hombre de rodillas.

Nada se supo de ella y cuentan las lenguas más antiguas que, en cada mujer que nace en tierra mexicana, desde su muerte, yace consigo su espíritu y encanto. Son descendientes de Malinalli.